

2º PREMIO XVIII CERTAMEN RELATO AVAFI- 20026

MARIA JESÚS LOZANO EL BOSQUE INVISIBLE

Había una vez una joven llamada María que vivía en un valle rodeado de montañas y bosques susurrantes. A simple vista, su vida parecía como la de cualquier otra persona: tenía amigos, una familia amorosa, y sueños por cumplir. Pero María guardaba un secreto que solo algunos podían comprender. Ella era habitante del Bosque Invisible.

Este bosque no era como los otros. Nadie podía verlo, pero ella lo sentía cada día. Lo llevaba auestas como una capa de niebla espesa, envuelta en hilos invisibles de dolor y cansancio. Su nombre era fibromialgia, y su sombra, la fatiga crónica.

Una mañana, María se despertó como si hubiera corrido una maratón en sueños. Sus músculos dolían, su cuerpo pesaba como plomo, y su mente se sentía envuelta en un velo. “¿Otra vez el bosque?”, suspiró. Se levantó despacio, sabiendo que el día sería largo, aunque nadie más lo notara.

En la escuela, sus compañeros reían y corrían, pero María caminaba lento, con pasos medidos. Sus amigos le preguntaban por qué estaba siempre cansada. “Solo estoy un poco dormida”, respondía, aunque en realidad, había una tormenta invisible dentro de ella.

Un día, en medio del bosque real, conoció a un zorro plateado que la observaba con ojos sabios.

—Te he visto caminar con el bosque encima —dijo el zorro—. Muchos no creen en lo que no pueden ver, pero eso no lo hace menos real.

María se sentó junto a él, agotada, y por primera vez, habló sin disfrazar su verdad.

—Hay días en que mi piel arde sin razón. Otros, en que me olvido de las palabras o pierdo el hilo de lo que hago. No importa cuánto duerma, nunca descanso. Y a veces, siento que nadie lo entiende...

—Eso es porque llevas una carga silenciosa —respondió el zorro—. La fibromialgia y la fatiga crónica no hacen ruido, pero gritan por dentro.

—¿Hay salida? —preguntó ella.

-No hay camino fácil, pero hay luz. Se avanza con paciencia, con pausas, y con quienes están dispuestos a escuchar de verdad. A veces, el bosque se aclara si dejas de luchar contra él y empiezas a caminar a su ritmo.

Desde ese día, María no dejó de vivir, aunque lo hizo diferente. Aprendió a decir “no” sin culpa, a pedir ayuda sin vergüenza, y a celebrar cada paso, por pequeño que fuera. Sus días buenos eran como rayos de sol entre hojas, y los días malos... también pasaban, como tormentas que no duran para siempre.

María siguió su camino, a veces despacio, a veces fuerte, pero siempre valiente. Y aunque el Bosque Invisible nunca desapareció por completo, ya no era un enemigo. Era una parte de ella que, aunque difícil, también la enseñó a ver la vida con otros ojos.

Y así, entre pausas, cuidados y esperanza, María escribió su historia. No era un cuento de hadas, pero sí uno de coraje. Porque vivir con fibromialgia y fatiga crónica no es rendirse: es aprender a danzar con la niebla.